

No hay leyenda más verdadera que la de Orfeo, cuya lira hace salir las fieras de sus madrigueras, las cambia en fraternales compañeras del hombre y llega hasta dar vida durmiente á la piedra para transformar los peñascos en murallas que por sí mismas se yuxtaponen y se erigen en ciudades. Orfeo es una personificación perfecta del arte en las edades prehistóricas, y podemos afirmar con toda certidumbre que su lira ha hecho más para el progreso humano que la maza de Hércules. No sabemos lo que resta de aquellas lejanas épocas, pero no puede dudarse que los aires silbados por el campesino que lleva el ganado al abrevadero y la mayor parte de los ritmos campestres á que se adaptan nuevas palabras de siglo en siglo y de país en país son una herencia de los tiempos anteriores á la historia. ¿Y qué son los cantos sino los moderadores de las pasiones, los ordenadores de la vida diaria y los reguladores del pensamiento y de la acción? Con la danza, la pantomima y los cuentos de formas tradicionales, los cantos fueron en todas partes el principio de la literatura; por ellos se inició la humanidad en las artes.

Desde las primeras edades, la música, cuyos progresos han sido tan portentosos en la expresión de los sentimientos y en la evocación del ideal humano, ha perdido mucho, sin embargo, como auxiliar del trabajo en todas las ocupaciones ordenadas de la vida, y apenas si todavía se canta aquí ó allá para algunos trabajos de fuerza, como la virada del cabrestante á bordo de los grandes barcos, ó el amasado del pan en algunas tahonas de provincias; casi en todas partes, el ritmo de los pistones, de las bielas y de las ruedas ha reemplazado al canto del hombre y al sonido de la flauta ó del violín. La mujer no canta ya haciendo girar el huso, el ruido de las máquinas cubriría ahora su voz en el estruendo de la filatura. Antiguamente se acompañaban las operaciones dolorosas con una cantinela que adormecía el sufrimiento: el taraceo, la circuncisión y la infibulación hacían sufrir menos al paciente por la dulce cadencia de las voces¹, y, durante las ceremonias fúnebres, ascendían y descendían alternativamente los lamentos rítmicos de las plañideras; elevándose y bajando sucesivamente, mecían y calmaban la desesperación ó la amargura del duelo. Frecuentemente la música no servía sino para adormecer el pensamiento, para cambiar el estado consciente del

¹ Karl Bücher, *Arbeit und Rythmus*.

hombre en una vaga inconsciencia, dejando solamente la agradable impresión de vivir: así es como el negro toca su tam-tam ó su marimba. El indígena se comunicaba también con sus amigos lejanos; se entretenía con ellos, sabiendo que el golpe de su tambor era comprendido á lo lejos por un compañero ó por su amada¹.

Cuando los misioneros jesuitas, profundos conocedores del corazón humano, subían ó bajaban por las márgenes de los ríos de América, cantaban constantemente, á la cadencia de los remeros, sus más vehementes y armoniosos himnos, esperando que los indios, ocultos en las espesuras de la orilla, serían sensibles al encanto de sus voces: la obra de conversión que dió por resultado la fundación de la comunidad teocrática del Paraguay, comenzó por cantos cuyo eco repercutía de playa en playa por las soledades fluviales. Desde aquella época, no pocos viajeros, á quienes sus armas perfeccionadas no hubiesen salvado, han debido la vida á su caja de música, á su acordeón y hasta á una simple trompeta².

Wo man singt, da lass dich ruhig nieder
Böse Menschen haben keine Lieder³.

Cuando los negros esclavos, que hablaban los idiomas más diversos, hubieron sido transportados á las plantaciones americanas, desde todas las comarcas de Africa, pronto perdieron el uso de los acentos maternos y aun entre ellos se vieron obligados á emplear la lengua de sus amos; por lo mismo se encontraron sin voz en sus relaciones con los indígenas del Nuevo Mundo en los lugares donde éstos no habían sido exterminados por completo. El odio, hasta el horror, separaron á los representantes de las dos razas, negra y roja: entre oprimidos nacen fácilmente los rencores; agrada vengarse de los ultrajes del poderoso sobre el compañero de sufrimiento. No obstante, en diversas comarcas de América se hizo una reconciliación inconsciente entre las dos razas, gracias á la música. A pesar de la aversión de hombre á hombre, los instrumentos africanos se esparcieron en medio de las selvas primitivas;

¹ E. de Habich, *Vías del Pacífico al Marañón*.

² Jacques Arago, *Voyages d'un aveugle autour du monde*.

³ Adaptación popular de un poema de Seume, 1804: «Detente sin miedo donde te acojan cantares. Al unisono de las voces no hay malhechores».

pronto el tam-tam y la marimba reconciliaron á los hombres á quienes la diferencia de piel, más aun que la guerra, había hecho odiarse mutuamente. Los *ladinos* de Guatemala, de quienes sorprenderá saber que aprendieron á tocar el instrumento sirviéndoles de maestros los negros despreciados, tocaban con no menos entusiasmo que los negros del Congo, aunque con menos gracia. «El genio artístico, dice Gobineau, nació del enlace de los blancos con los negros».

Además, como lo demuestra el economista Karl Bücher en su memoria sobre el «Trabajo y el Ritmo», la música y la danza han hecho más aún: rimando el trabajo han impulsado al trabajador, le han animado á trabajar bien, le han dado la alegría creadora que renueva incesantemente la iniciativa y la energía. Como factor económico sobre todo ha tenido importancia el ritmo musical en la historia de la civilización. Júzguese por las supervivencias en los trabajos de formas primitivas, en este siglo de máquinas, en que el obrero se convierte en sérvidor de la madera y del metal, en vez de ser su dominador. El buen trabajador realiza siempre su tarea con ritmo y medida: el herrero se goza haciendo caer y recaer cadenciosamente el martillo sobre el yunque; el carpintero clava los clavos y cepilla las tablas á tiempos iguales; el tonelero hace resonar sus barricas como tambores. Ya el hombre aislado se excita y se complace en el trabajo por el sonido mesurado y regular de su herramienta; hasta el ligero y casi imperceptible rumor que producen las agujas haciendo media ó el movimiento de un objeto brillante y silencioso bastan para dar animación al trabajo, para hacer de él una función normal de la vida.

El efecto del ritmo es mucho mayor cuando muchas personas, unidas por una tarea solidaria juntan al ruido mesurado los sonidos de sus herramientas de trabajo; en este caso ninguno entre los obreros puede sustraerse al esfuerzo común; los músculos se distienden por el llamamiento mismo de la cadencia; se trabaja en conjunto y no se puede reposar sino en conjunto. Los empedradores concuerdan siempre las alternativas de sus pisones de hierro ó de madera, y por una asimilación de las más naturales les dan el nombre de «señoritas», como si se balanceasen danzando con muchachas bellas sobre el empedrado. Y los trilladores que pronto dejarán de oírse hasta en los más apartados rincones de Europa, habían imaginado, en la sucesión de sus golpes de trillo, siempre

tres por tres, un acorde gratisimo al oído, que armonizaba admirablemente con todos los otros rumores de la Naturaleza, y, sobre todo, en el Mediodía, con el canto de las cigarras.



MÚSICOS SUDANESES

De una fotografía.

En los ríos, como en el Océano, los remeros sumergen sus remos y los retiran del agua en un conjunto perfecto, regulado por los movimientos del que tiene la barra, y en los buques, los que izan los cables, los viradores del cabrestante, unen el efecto armónico de las voces al esfuerzo

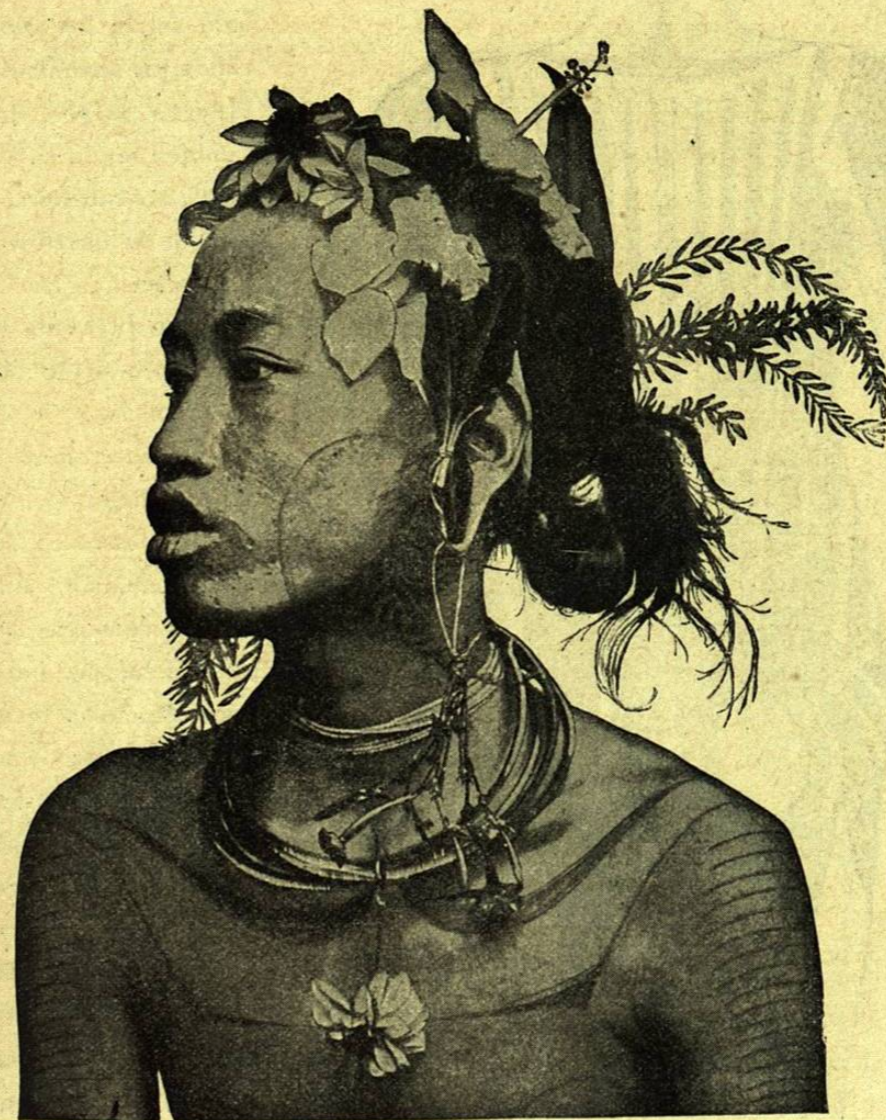
solidario de los músculos para doblar su fuerza colectiva. Los gritos, los suspiros, los sonidos breves y las notas prolongadas alternan y se suceden armoniosamente, á veces se desarrollan hasta en verdaderos cantos. En la actualidad, los cultivadores de la tierra, en Oriente, cavan la tierra por grupos, sirviéndose de la herramienta, siguiendo una medida que regulaban antiguamente la flauta y el tambor, el canto y la danza de una muchacha en las épocas de libertad y alegría, ó el palo y el látigo en las edades de opresiones asirias ó faraónicas.

Por último, se mide la marcha del soldado por la caída del paso, el balanceo del cuerpo y el juego alternativo de los músculos: según un proverbio militar frecuentemente sometido á prueba, los soldados ganan las batallas, no por sus armas, sino por sus piernas. Se sabe también que los animales que llevan campanillas ó cascabeles son más persistentes á la fatiga que los que no los usan: la música del cobre que resuena les ayuda al trabajo tanto como el orgullo de haber sido escogidos por el hombre como conductores de rebaños ó de recuas; el asno que resuena sus campanillas delante de los caballos tiene algo de Tirteo. Por todas partes se comprueba, pues, la feliz influencia de ese pulso del trabajo dado por la medida, los sonidos alternados y la música, y por las vías inconscientes de la vida, esta cadencia está determinada sin duda por otro pulso, el ritmo de las arterias, el latido del corazón que ponen en actividad el organismo entero como el vaivén de un pistón en la máquina de vapor.

El primitivo aplicaba también el arte á su propia persona. Existen gregarias en que van desnudos, pero jamás se ha encontrado pueblo alguno que no haya cuidado de adornar su cuerpo, y si la humanidad ha contado aquí ó allá seres aislados que no hayan tratado de embellecerse, pertenecen evidentemente á los malditos y á los desesperados. En la vida habitual, antes como ahora, el hombre procura siempre agradar ó al menos agradarse.

No posee en su propio organismo recursos semejantes á los del animal, ave, reptil ó cuadrúpedo, que se embellece por las plumas ó los colores brillantes durante el período del amor. Las alegres miradas, el encanto de la sonrisa, el aire de fuerza y de salud no le bastan: necesita galas y adornos exteriores; no hay duda que los primitivos cuidan tanto

del embellecimiento de su persona como los presumidos de la sociedad civilizada; suelen pasar largas horas elevando el edificio de su cabellera, y la moda para la elección de las plumas, de las espinas, de las cuentas



MALAYO DE LA ISLA PAGAI Y SUS ADORNOS FESTIVOS

y de las telas que han de brillar sobre su cuerpo suele apasionarles más que la caza ó la guerra. ¡Con qué cándida piedad se exhibe el salvaje para mostrar en todo su esplendor los colores hermosos, vivos y contrastados con que ha revestido sus miembros! Las tierras grasas, las arci-

llas, los ocre, y, en las regiones tropicales, especialmente en la América del Sud, los frutos que tiñen el cuerpo como el janipabeiro y el achiote, son, entre los objetos de tráfico, los más solicitados. Los adornos y las



HOMBRE TATUADO DE MOGEMOK
(ISLA MACKENSIE, CAROLINAS)
(Delante)

El hombre culto de nuestros días tiene su pasaporte, su cédula, su libreta ó sus insignias; el hombre de los tiempos pasados exponía sus títulos á la vista de todos sobre su cara ó sobre su cuerpo. Por lo de-

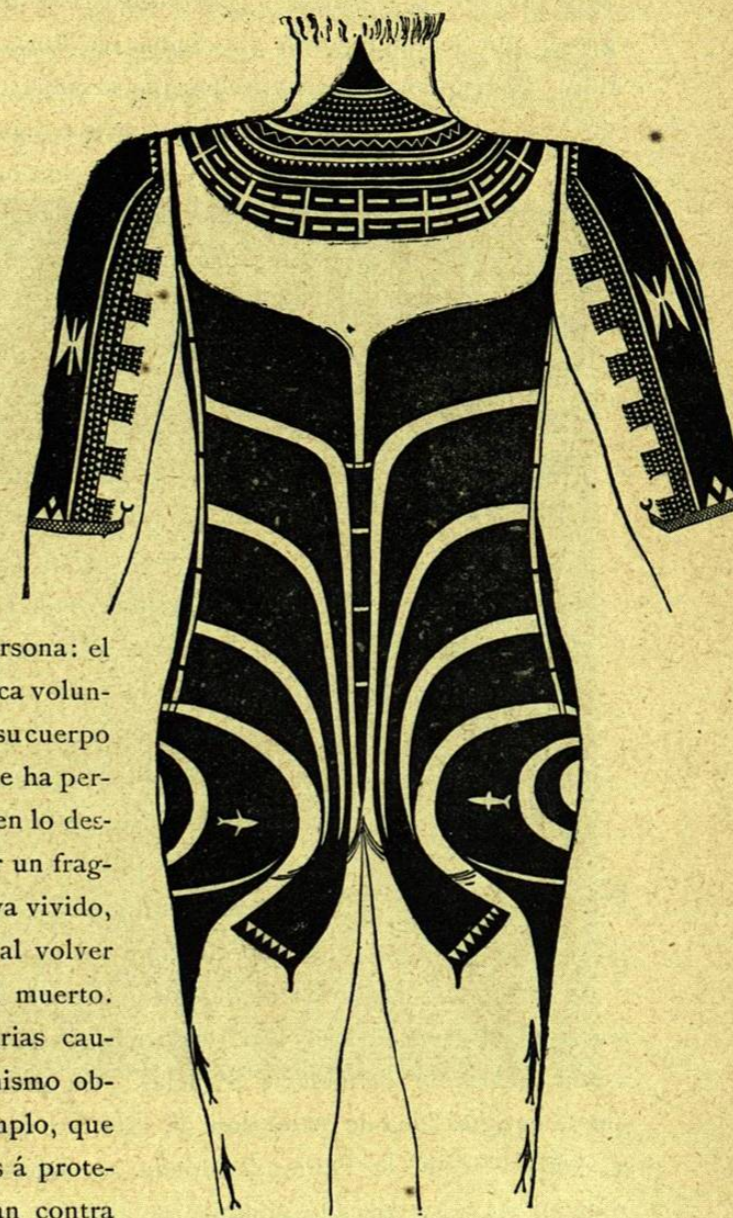
pinturas no difieren sólo según los materiales que suministran ciertos países, sino también según la forma de las cabelleras y el color de los rostros: los artistas juzgan con sabia coquetería el efecto producido por sus artificios. A los medios exteriores de hacerse bello, ó, según las ocasiones, te-

rrible, los primitivos añadían y añaden aún, en muchas comarcas, las marcas indelebles del cuerpo: heridas, muescas, escarificaciones ó supresión de miembros, tatuages ó taraceos, pinturas y dibujos. El deseo de agradar ó de aterrorizar no fué la única razón de esos sufrimientos voluntarios, de esas torturas y hasta de esas mutilaciones: la mayor parte de las tribus y en ellas cada persona tenían que precisar su individualidad, exponer su origen, proclamar su gloria, exponer sus ambiciones, eternizarse en la memoria de los siglos.

más, en semejante asunto, la distinción buscada ocasionaba una afeamiento de la persona, porque así como por jactancia el civilizado se alaba de sus vicios ó de sus crímenes, el salvaje se envanece de que á sus manos les falten falanjes, de sus mandíbulas melladas, de sus labios distendidos por anchos aretes ó de las cicatrices de su frente. Con frecuencia también, el hombre que se desfigura ó se mutila puede tener otras razones aparte de la vanidad ó

la identificación de la persona: el que está en duelo sacrifica voluntariamente una parte de su cuerpo al amigo ó pariente que ha perdido, sea para seguirle en lo desconocido, al menos por un fragmento de su ser que haya vivido, sea para reconciliarse al volver al hogar el espíritu del muerto.

Se entremezclan varias causas que conducen al mismo objeto. Vemos, por ejemplo, que los amuletos destinados á proteger á los que los llevan contra todo sortilegio, son al mismo tiempo alhajas: el collar de coral que la elegante mundana se pone al cuello, la defiende contra los malos espíritus, pero ella hace valer, además, la blancura de su tez y la opulencia de sus hombros.



HOMBRE TATUADO DE MOGEMOK
(ISLA MACKENSIE, CAROLINAS)
(Detrás)